

nada, y si no era ingratitud y cobardía aceptar la situación de impotencia que tanto debía afligir á los que me habían dado el sér, resolví dirigir todos mis esfuerzos á sacar todo el partido posible de las facultades que me quedaban. Me dediqué, pues, á estudiar los juguetes que me habían dado, los desmonté pieza por pieza, y llegué á conocerlos lo bastante para fabricar otros semejantes; esto era ya una industria, y adquiría al mismo tiempo la certidumbre de que todo se puede llevar á cabo con verdadera voluntad acompañada del sentimiento del deber. Con el objeto de alcanzar mi independencia, traté de escoger una profesion y estudié la música; al ver mis padres mis esfuerzos y mis progresos, me enviaron á Armagh, donde aprendí á tocar el violín. Mas no me concreté á este estudio, pues sabia muy bien que en el mundo hay que recurrir á diferentes medios de existencia, y yo, con mayor motivo que otros, me hallaba en este caso.

« Hizo la casualidad que fuera á vivir en casa de un tapicero, y durante los momentos que tenia libres, aprovechaba aquel tiempo en construir muebles de varias clases. Al volver á la aldea añadí esta industria á la de ministril, y en poco tiempo gané mas dinero que el que necesitaba para vivir. Aquel día fué el mas feliz de mi vida; pobre niño ciego, que debia ser una carga pesada para mi familia, habia llegado á ser su apoyo á fuerza de perseverancia. Entónces conocí la fortaleza y la ventura que proporciona el cumplimiento del deber.

« No por eso me detuve en mis esfuerzos y mis ensayos; compré algunas zampoñas irlandesas de deshecho con objeto de arreglarlas; con sumo trabajo llegué á descubrir su mecanismo, y nueve meses despues fabriqué una de mi invencion, que obtuvo muy buen resultado.

« Vivía en mi pueblo un relojero que era aficionado á la música y deseaba aprenderla; propúsome que le diera algunas lecciones, á lo que accedí gustoso, á condicion que él me enseñara su arte. De este modo conseguí sostener mi familia con las varias industrias que ejercia alternativa-

mente, segun las ventajas que me proporcionaban. Por este tiempo tuve el dolor de perder á mi padre, y mi madre no tardó tampoco en seguirle; recordándome aquellos lugares continuamente la irreparable pérdida que habia tenido, salí de la aldea y vine á Armagh, donde me he casado y vivo ya hace muchos años dichoso y al abrigo de la miseria. Lo único que pido á Dios es que me conserve la salud, porque en cuanto á la fortuna, me la ha concedido inagotable al dotarme de perseverancia y de amor al trabajo. »

§ VII. VALOR¹

El valor acompaña por todas partes al hombre de bien : en los combates, contra el enemigo; en sociedad, en defensa de los ausentes; en su lecho, contra el dolor y la muerte.

Puede burlarse la fortuna de la prudencia de los virtuosos, pero jamas podrá doblegar su valor.

El que es valiente espera el peligro con calma, y no se expone sino cuando el honor ó el deber se lo mandan; pero una vez en el peligro nada puede detenerle. (*Autores varios.*)

Superior á todos los acontecimientos, parece que habiéndolos previsto todos, á todos los ha sabido dominar. Jamas la cólera turbó su sereno semblante; jamas imprimió el orgullo en él su huella; tampoco el abatimiento pintó jamas en él su debilidad. (*D'AGUSSEAU.*)

La intrepidez es una fuerza extraordinaria del alma que la hace superior á las turbaciones, desórdenes y emociones que pudiera causar en ella la vista de grandes peligros; esta misma fuerza da á los héroes su tranquilidad y el libre uso de su razon en los momentos mas imprevistos y terribles. (*LA ROCHEFOUCAULD.*)

No es un vicio la debilidad pero conduce á él; el malvado hace el mal; el débil deja hacerlo.

La Vacquerie.

Luis XI² envió al Parlamento ciertos edictos³ para que fuesen registrados, en los cuales establecia varios impuestos

1. Véanse los artículos : *Deberes para con la patria; militares; marinos*; donde se hallarán rasgos de valor militar y de valor y firmeza civil.

2. Reinó desde 1461 hasta 1483; fué hábil político, pero cruel.

3. Llamábanse edictos los reales decretos; el Parlamento los registraba, es decir, los inscribia en sus registros, formalidad que se consideraba necesaria par su autenticidad y ejecucion.

injustos y onerosos. En aquella ocasion demostró Juan de la Vacquerie, primer presidente del Parlamento, un valor tanto mas notable, cuanto la tiranía de Luis XI no sufría resistencia á su voluntad. Presentóse al rey á la cabeza de los magistrados, y con respetuosa firmeza, le dijo: «Señor, en vuestras manos venimos á poner nuestros cargos, y estamos dispuestos á sufrirlo todo ántes que obrar contra nuestra conciencia.» Luis XI revocó los edictos.

Desgenettes¹.

Hallábase en Siria el ejército frances al mando del general Bonaparte cuando se declaró la peste². No tardaron los hospitales en llenarse de enfermos, y lo mas peligroso que la enfermedad misma, era que como se la creía contagiosa, los atacados de ella y hasta los que se suponía se hallaban amenazados, infundían tal espanto, que todo el mundo huía de ellos y se veían expuestos á perecer sin socorro alguno. El temor del contagio tenia sumido al ejército en el mas profundo abatimiento.

Persuadido el célebre Desgenettes, primer médico del ejército, de que aquella enfermedad solo era contagiosa para los que la temían, quiso hacer que lo comprendieran así los soldados. Un dia que el general, acompañado de numeroso séquito visitaba el hospital de los apestados de Jaffa³, se acerca Desgenettes á uno de los enfermos, abre con su lanceta uno de los bubones pestilenciales, y haciéndose él mismo una pequeña incision en el brazo, introdujo en ella el veneno que acababa de extraer. «Si la peste es contagiosa, yo la tendré; pero ya vereis que no.» Y diciendo estas palabras, fué á enseñar á los soldados de los diversos cueros el brazo donde se habia inoculado el virus.

Aquel rasgo admirable causó inmensa sensacion; ya no se temió acercarse á los apestados, cuidarlos ni servirlos;

1. Nació en Alençon en 1762, y falleció en 1817.
2. Año 1799.

3. Antiguamente Joppé, ciudad célebre en la historia sagrada; puerto muy conocido en el Mediterráneo.

desapareció el miedo al contagio, y como Desgenettes seguía gozando de perfecta salud, los espíritus decaídos recobraron su alegría y su serenidad, cambiando con esto enteramente el aspecto del ejército. Los soldados que no habian sido atacados de la peste cesaron de temerla, los enfermos fueron bien cuidados, y muchos de ellos sanaron.

Crillon¹ y Sully².

En el sitio de Charboniera, ciudad de Saboya, Crillon mandaba la infantería, y Sully, que acababa de ser nombrado gran maestre de la artillería, cañoneaba con furia la plaza. Crillon, cuya bravura rayaba en temeridad, notando que Sully trataba de reconocer un revellin³, marchó á su encuentro, y viendo que por el molesto fuego del enemigo iba á retirarse y esperar que el dia declinase para acabar de hacer sus observaciones, le detuvo, diciéndole con tono irónico: «¡Cómo, señor gran maestre de la artillería! ¿temeis los arcabuzazos en compañía de Crillon? Estoy yo aquí y no se atreverán á acercarse. Vamos hasta aquellos árboles que veo á unos doscientos pasos, y desde allí podreis reconocer á vuestro



Sully.

1. Intrépido militar, conocido con el sobrenombre del Bravo, uno de los mas célebres capitanes de Enrique IV (1545-1615).

2. Amigo de Enrique IV, y uno de los mejores ministros de Francia en aquel tiempo (1568-1641).

3. Revellin ó media-luna, es una

gusto el revellin. » Aunque no le faltaba valor á Sully, no le agradó tan temeraria proposicion; pero comprendiendo lo que exigian de él las circunstancias en que se hallaba, y sobre todo su reciente nombramiento, que le habia procurado no pocos envidiosos, quiso probar á Crillon, que si el valor del hombre está generalmente limitado por la prudencia, cuando llega la ocasion iguala en arrojó á los mas temerarios. « Puesto que así lo quereis, dijo, vamos allá á ver quien de los dos es mas loco. » Y tomando á Crillon de la mano le condujo pausadamente al otro lado de los árboles.

Al ver los sitiados en descubierto á los dos generales, hicieron sobre ellos un fuego horroroso. Crillon, que oia pasar silbando las balas cerca de sus oidos, se detuvo, y dijo riendo á Sully: « Voy viendo que esos señores no respetan ni el baston¹ del gran maestre ni el de coronel general². Ea! volvámonos, pues veo que sois valiente y digno de ser gran maestre; seré vuestro amigo miéntras viva, y desde hoy, vivo ó muerto, contad siempre con Crillon.

Argenson.

El célebre Argenson, que organizó la policia de París, era un magistrado de un valor á toda prueba. En los años 1709 y 1710 era excesiva la carestía, y el pueblo, injusto porque sufría, acusaba de sus males á Argenson, quien, sin embargo, hacia todo lo que podia de su parte para evitarlos y remediarlos. Hubo algunos alborotos que no hubiera sido prudente ni humano castigar con severidad; el digno magistrado consiguió apaciguarlos, ya por medio de la firmeza resuelta y prudente con que los arrostaba, ya por la confianza que la multitud, aunque irri-

obra avanzada de fortificacion en las plazas de guerra, compuesta de dos caras que forman un ángulo saliente, protegido por un puente, muralla, etc.

1. El signo distintivo de los grandes

maestres de la artilleria era un baston ricamente adornado, como ahora el de los mariscales de Francia.

2. Crillon habia sido nombrado coronel general de infanteria, empleo creado para él.

taba, tenia en él. Hallóse un dia cercado en una casa, á la que los amonados quemaron pegar fuego, y haciendo abrir la puerta, se presentó, les arengó, y eso bastó para restablecer la calma.

Maury.

[1790].

El abate Maury¹, célebre orador, era miembro de la Asamblea constituyente² y defendia con calor ideas contrarias á la mayoría. En aquella época terrible se vió algunas veces al pueblo furioso arrojar sobre los que consideraba como enemigos y ahorcarlos con las cuerdas de los faroles del alumbrado público. Llamaban á esto *colgarlos en la linterna*. Un dia que Maury pasaba por una calle excusada, se encontró con un transeunte, que, conociéndole, empezó á gritar: « ¡Aquí está el abate Maury! » A sus voces se amotinó una multitud en derredor suyo, y no tardó en oirse el grito fatídico de « á la linterna. » Maury conservó no obstante su sangre fria y contestó con tono reposado: « Cuando yo esté en la linterna, ¿veréis acaso mas claro? » Aquellas palabras, que cayeron en gracia, pero que eran profundas, desarmaron el furor de aquellos ilusos y el orador debió la vida á su serenidad.

Fabert.

[1599-1662].

El general frances Fabert estaba haciendo los preparativos para poner sitio á una plaza, y señalando á sus oficiales los puntos exteriores de la ciudad, designaba con el dedo el lugar donde debia establecerse una batería, cuando una bala le llevó el mismo dedo. Apénas le alteró esta desgracia; y señalando el mismo punto con otro dedo con-

1. Murió cuando era cardenal en 1817.

2. Llamóse tambien Asamblea nacional y Estados-generales; esta ce-

lebre Asamblea duró desde 1789 hasta el 30 de setiembre de 1791, y fué reemplazada en seguida por la Asamblea legislativa.

tinuó: « Señores, decia, pues, que seria menester colocar aquí nuestra primera batería. »

Guillermo Tell.

[1347].

Alberto, emperador de Alemania, hijo de Rodolfo de Habsburgo, habia resuelto someter á los suizos y convertir su país en un estado hereditario para la casa de Austria. Con este fin sedujo á los hombres mas influyentes de Suiza, y los atrajo á su causa con presentes y promesas; en seguida construyó fortalezas en varios cantones, envió á ellos gobernadores y les encargó que tratasen á los habitantes con la mayor severidad, para incitarles á la resistencia y ponerle en el caso de ir á ocupar todo el país con las armas en la mano.

Uno de estos gobernadores, llamado Gessler, que mandaba los dos cantones de Schwitz y Uri, hombre de un orgullo insoportable y una crueldad sin límites, se figuró que podia tratar á los campesinos como esclavos. Para probarles su desprecio, hizo colocar su gorro en la punta de una pica que clavó en medio de la plaza de Altorf¹, mandando que todos cuantos pasasen lo saludasen respetuosamente. Todos obedecieron, ménos Guillermo Tell, que dotado de un valor á toda prueba, aunque de carácter benigno y generoso á la vez, no quiso someterse á exigencia tan rídica, y pasó por la plaza fingiendo no ver el gorro. Furioso Gessler, manda prender á Tell, y conducido á su presencia, le achaca en cara con palabras duras lo que califica de rebelion; y como Tell guardase silencio, desplegó el gobernador una crueldad inaudita. Guillermo Tell tenia un hijo que entraba apénas en la adolescencia, y Gessler, que tenia noticia de la fama que gozaba el padre por su destreza en tirar el arco, condenó á este desdichado á que, á distancia de cien pasos, atravesase con una flecha una manzana colocada en la

1. Capital del canton de Uri, en donde se ha levantado una torre en honor de Guillermo Tell.

cabeza de su hijo. Todos los circunstantes se estremecieron al oír esta sentencia. Trajeron, pues, al niño, siendo vanos todos los esfuerzos que se hicieron para desarmar la cólera del tirano, quien juró haria dar muerte á Guillermo y á su hijo si no obedecia. El infeliz padre, dirigiendo interiormente á Dios una plegaria desde lo mas íntimo de su corazón, abraza á su hijo, le recomienda permanecer quieto y sin temor, coloca él mismo la manzana en su cabeza, apártase á la distancia señalada, estira su arco, apunta, y la flecha parte. ¡Qué terrible sensacion debe de experimentar el lector á la idea de semejante espectáculo! Pero cese la angustia: la manzana cae y el niño no ha sido herido!...

Poco tiempo despues pereció Gessler, á manos del mismo Guillermo, y la Suiza conquistó su libertad.

Pedro y los Strelitz.

[1698].

El zar Pedro, fundador de la civilizacion rusa, hallándose una vez en inminente peligro, dió un raro ejemplo de serenidad é intrepidez.

Los jefes de los strelitz, milicia indisciplinada y feroz, habian fraguado un terrible complot contra su vida, y para tal objeto debian prender fuego á Moscou.

Sabian que Pedro acudiria el primero al incendio, y en medio del tumulto y la confusion naturales en tales casos, podrian asesinarle á mansalva, y despues pasarian á cuchillo á todos los extranjeros que el zar habia hecho ir á Rusia con el objeto de extender la civilizacion.

Este era su infame proyecto; acercábase ya la hora designada en que debian llevarle á cabo. Tenian muchos cómplices y ningun denunciador; reunidos en un banquete, buscaban en la embriaguez de los licores el valor necesario para ejecutar su horrible trama.

Pero como la embriaguez ejerce influencias diversas, se-

1. Los soberanos ó emperadores de Rusia toman el título de Zar. La Rusia era un país bárbaro ántes de

Pedro I, quien la civilizó; su reinado duró de 1682 á 1725

gun los diversos temperamentos ó caracteres, dos de los conjurados perdieron su confianza; comunícanse entre sí, ya sea sus remordimientos naturales, ya su propia pusilanimidad; salen con un pretexto cualquiera, prometiendo á sus cómplices volver á tiempo, corren al palacio del zar, y descubren el complot.

A las doce de la noche debe estallar. Pedro da orden de cercar la casa de los conjurados á las once en punto, y á poco, creyendo llegada esta hora, va él solo á dicha casa, entra con paso firme, esperando hallar á los criminales encadenados ya por sus guardias; pero su impaciencia le ha llevado ántes de tiempo, se ha equivocado en media hora, y se encuentra solo y desarmado entre aquellos bandidos libres, audaces, armados, en el instante mismo en que acaban de jurar su muerte.

No obstante, á su presencia inesperada, se levantan todos como sobrecogidos; comprende Pedro el peligro, y conociendo que se ha engañado en la hora, contiene en su pecho la violencia de sus emociones. Había aventurado demasiado para poder retroceder; mas no por eso se turba, se adelanta hasta el centro de los traidores, los saluda familiarmente, y con voz tranquila y reposada, les dice que pasando por allí habia visto las luces, y juzgando que se divertían venia á tomar parte en la fiesta. Dicho lo cual, se sienta, bebe y brinda con los asesinos, que no pueden ménos de beber y brindar todos á una por su salud.

Entretanto empiezan los conspiradores á mirarse entre sí á hurtadillas, las señales de inteligencia se multiplican y van recobrando valor; uno de ellos se aproxima al jefe del complot y le dice al oído: « Hermano, ya es hora; » pero éste titubea, y apenas acaba de responderle « todavía no, » cuando Pedro que lo habia oído, siente por la calle los pasos de sus guardias, se levanta, y dando en la cara un golpe bien sentido al jefe, le derriba al suelo exclamando: « ¡ Si no es hora todavía para tí, infame, lo es para mí! » Al ver esto los conjurados y la llegada de los guardias al mismo tiempo, poseidos de terror se dejan prender sin resistencia.

Las tinieblas.

Muchos niños hay que tienen miedo de la oscuridad, pero es un temor absurdo que debe saberse dominar. Respecto á este asunto refiere un escritor la siguiente anécdota ocurrida en su infancia:

« Hallábame en el campo en una ocasion, y vivia en casa de un eclesiástico llamado el Padre Arenas. Yo tenia un primo que era sumamente medroso, sobre todo por la noche. Burlábame yo tanto de su miedo, que cansado ya el P. Arenas de mi jactancia, quiso poner mi valor á prueba. Una noche muy oscura del otoño me dió la llave de la iglesia, diciéndome fuese á buscar la Biblia que se habia dejado en el púlpito, y para picar mi amor propio, añadió algunas palabras que me impidieron retroceder.

« Iba sin luz, y era preciso atravesar por el campo santo, como lo hice sin temor alguno.

« Al abrir la puerta, oí en la bóveda cierto rumor como de voces que comenzó á desconcertarme un poco. Abierta ya la puerta, entro, doy algunos pasos y me paro. La profunda oscuridad que reinaba en aquel espacioso sitio me causó terror y los cabellos se me erizaron; me vuelvo atras, salgo, y temblando como un azogado echo á correr. En el patio encontré un perrillo llamado Sultan, cuyas caricias me tranquilizaron. Avergonzado de mi miedo, volví piés atras y quise llevar conmigo á Sultan, pero no quiso seguirme. Entré de golpe en la iglesia, pero apenas estaba dentro, cuando de nuevo me sobrecogí de espanto, y de tal modo, que perdí lo que se llama la chabeta; aunque sabia muy bien que el púlpito estaba á la derecha, como me habia vuelto de espaldas sin notarlo, le busqué por la izquierda largo rato, perdiendo el tino entre los bancos sin saber en donde estaba, y sin encontrar ni el púlpito ni la puerta, se trastornó mi juicio completamente. Por fin entreveo la puerta y consigo salir de la iglesia, de la que huyo

como la vez primera, bien decidido esta vez á no entrar en ella sino de día.

« Al llegar á la casa oigo la voz del P. Arenas, que reía á carcajadas; creo que se rie de mí, y avergonzado de haberme expuesto á ello, no me atrevo á entrar. A poco oigo á la hermana del P. Arenas, que inquieta con mi tardanza, ordena á la criada tomar un farol, y éste se dispone á ir á buscarme, acompañado de mi intrépido primo, que hubiera gozado del resultado de la expedición. En el mismo instante el miedo desaparece, solo me queda el de ser sorprendido en mi carrera; corro, vuelo á la iglesia, y sin perderme esta vez, sin andar á tientas llego al púlpito, subo, tomo la Biblia, bajo de un salto, y en otros tres salgo de la iglesia, olvidándome de cerrar la puerta, entro en la sala sin poder casi respirar y pongo el libro en la mesa, asustado aún, pero entusiasmado de gozo por haber desechado el auxilio ageno. »

§ VIII. PERSEVERANCIA.

La perseverancia, esto es, la constancia en proseguir lo que se ha comenzado, es una excelente cualidad, cuando se aplica á cosas útiles y justas. Solo la perseverancia proporciona la gloria á los talentos y la corona á las virtudes. El éxito no está reservado para quien ha empezado una empresa, sino para quien ha perseverado en ella hasta el fin. (B.)

Con la perseverancia se alcanza todo. (B.)

Dios rogando y con el mazo dando. (REFRAN.)

Palissy.

Bernardo Palissy, es un grande ejemplo de lo que puede una voluntad firme y perseverante. Nacido de padres pobres que apenas pudieron hacerle dar algunas lecciones de lectura, escritura y agrimensura, aprendió por sí solo el dibujo y llegó á ser muy hábil en este arte. Con el producto que sacó de varios trabajos de agrimensura y de unos vi-

drios que pintó, visitó para instruirse una parte de la Francia.

Tenia ya cerca de cuarenta años y se hallaba establecido en Saintes, cuando habiendo visto una magnífica copa esmaltada, resolvió buscar el secreto de la composición del esmalte, secreto solamente conocido, en aquel tiempo, de algunos artistas italianos, que se servían de él para hacer hermosas cosas que vendían muy caras. Puso desde luego manos á la obra é hizo muchos ensayos infructuosos que agotaron sus economías, pero no por eso desmayó. Habiéndole encargado que levantase un plano de las salinas de Saintonge, consagró el precio que recibió para hacer nuevas tentativas. En seguida pidió dinero prestado para construir un horno, quemó para calentarle los muebles y tablas de su casa, y pagó al trabajador que le ayudaba dándole una parte de sus vestidos. En fin, despues de diez y seis años de tareas incesantes, vió coronados sus esfuerzos por el mas brillante éxito, pues sus hermosos vidriados esmaltados, sus floreros y figurines, comprados á competencia por el rey Enrique II y todos los aficionados á las artes, adornaron todas las quintas y jardines, hallándose la Francia enriquecida con una nueva industria.

Desclieux.

[1702].

El cafeto ó árbol del café, ese precioso arbusto cuyo cultivo ha enriquecido al nuevo mundo, era desconocido allí á principios del siglo XVIII, pues solo se cultivaba en Arabia. Un jóven alférez de marina, llamado Desclieux, que ascendió con el tiempo á teniente general de la armada, concibió la idea de enriquecer la isla de Guadalupe, su patria, con aquella producción. Confiáronle dos arbolitos de café que se conservaban en Paris en un invernadero del jardin de plantas, embarcóse con ellos y se dedicó á cuidarles durante la travesía. Pero el viaje fué mas largo de lo regular y el agua escaseó hasta el punto de no dar á cada